

A un año del 27 de febrero

El yugo que no hemos lanzado

¿Habrá otro
27 de
Febrero?

Hace un año saludamos con el Gloria al bravo pueblo, primeras palabras de nuestro Himno Nacional, la novedad histórica que significó para el sistema político venezolano la presencia del pueblo como protagonista de un momento importante del desarrollo de las relaciones de poder. A un año de distancia se hace necesaria una reflexión sobre aquellos acontecimientos en la perspectiva del reacomodo de las relaciones de poder en Venezuela.

Durante este año nos hemos preguntado muchas veces, y otras tantas hemos escuchado la pregunta, sobre la posible repetición de estos hechos. La misma formulación de la pregunta generalmente va acompañada de gestos en los que se mezcla el deseo de que el pueblo vuelva a manifestarse contra el yugo que le han cargado y hecho cada vez más pesado, y el temor por las consecuencias inmediatas y mediatas que una nueva protesta puedan traer.

Durante este año la protesta popular ha sido constante. No sólo el malestar cotidiano y los comentarios sobre el deterioro de las condiciones de vida que se hacen en las colas, autobuses o por puestos, en cuanta reunión familiar, de amigos o de grupos organizados, sino a través de los escasos canales de expresión que deja el sistema político a la mayoría popular.

El Paro Nacional, convocado por la CTV el 18 de mayo de 1989, y apoyado contundentemente por el pueblo a pesar de las amenazas de los empleadores, el Gobierno Nacional, los partidos y las propias Fuerzas Armadas y Policiales. La creciente conflictividad laboral de gremios y sindicatos obreros en todo el país. La frialdad con la que se recibió la reforma electoral, la escasa participación en la campaña, la significativa abstención, contraria al comportamiento histórico de los electores, el triunfo de los candidatos de la oposición especialmente en aquellas circunscripciones donde se presentaron dirigentes bajo sospecha de participación en la corrupción administrativa, son muestras ejemplarizantes de los esfuerzos del pueblo por hacer oír su voz.

Sin embargo, a la vuelta de un año la situación de las mayorías empobrecidas es mucho peor. Si descartamos, por manipuladoras de la realidad social y política, las hipótesis esgrimidas por algunos cuerpos de seguridad del Estado que atribuyen la responsabilidad de la explosión de febrero a una acción planificada de la izquierda, las causas señaladas en los múltiples análisis y comentarios que se hicieron de aquellos acontecimientos no sólo permanecen, sino que se han agudizado.

Razones, por tanto, para una protesta social siguen existiendo. Si no se ha producido, la explicación no hay que buscarla en la erradicación del descontento social o en la mejoría sustantiva de las condiciones de vida de las mayorías populares.

El orden
establecido
perdona un
momento de
locura

La sensación de protagonismo que se dio el 27 de Febrero fue seguida de la experiencia de indefensión en los días siguientes. Primero indefensión frente a grupos anarquizados, no representativos del pueblo, ante la ausencia del Estado. Indefensión frente al propio Estado, sus Fuerzas Armadas y Policiales. Indefensión frente a los precios subidos sin contemplaciones ni control por parte del Gobierno. Indefensión, finalmente, frente al recuerdo de las acciones emprendidas.

A partir del propio día 28 comenzó una campaña sistemática dirigida a evitar que en la memoria del pueblo quede grabada la experiencia de haber sido protagonista, participante, con voz propia dentro del sistema político, aunque hubiese sido obligado a hacerlo como "revuelta" o "explosión", porque los canales propios de una sociedad democrática han permanecido por largo tiempo controlados, mediatizados o bloqueados. Los que se consideran dirigentes y gobernantes de la sociedad no han tenido ni costumbre y han perdido la sensibilidad para escuchar al pueblo.

La memoria interesada del orden establecido comenzó a presentar los sucesos del 27 como un gran caos, como un desbordamiento sin motivos de la "masa popular", como un **exceso**, de esos que se comenten en una noche de borrachera o un ataque repentino de locura. Se ha buscado conscientemente que el pueblo sienta vergüenza de lo actuado en esa situación, como se siente el enratonado cuando le cuentan lo que dijo e hizo en medio de su descontrolada alegría, o el "loco" que vuelve a la "normalidad". Una vergüenza "comprendida" por la condescendencia de la dirigencia del sistema político que sabe que "una mala noche la tiene cualquiera", con tal de que esa experiencia sirva de lección "para que no se vuelva a repetir".

No se ha buscado que se sepulte sólo la memoria positiva y el orgullo de haber sido protagonista por unas horas, de haber adquirido sorpresivamente aquellas cosas que la

**El yugo:
opresión
manipulación
disuasión
represión**

propaganda constante nos dice que son necesarias para sentirnos miembros con prestigio de esta sociedad consumista. Se ha buscado igualmente que desaparezca el impulso a la protesta y la participación popular al recordar las noches del 28 de febrero en adelante en las que el pueblo tuvo que vivir agazapado ante la lluvia de balas que las Fuerzas Armadas y Policiales derramaron sobre los barrios populares, la represión indiscriminada, el saqueo de las casas del pueblo so pretexto de "allanamientos para recuperar mercancía", y los interminables días haciendo colas, tantas veces humillados, para conseguir, muy caro, algo para subsistir.

Se nos ha venido presentando una imagen de aquellos acontecimientos como de algo indeseable que sirva para ir inoculando un miedo visceral a cualquier tipo de protesta social.

Es evidente que la revuelta no es el modo deseable de expresión de un pueblo en una sociedad democrática. También es claro que son indeseables los miles de muertos que puso el mismo pueblo, las humillaciones y las dificultades que surgen como consecuencia de una explosión social. Pero un pueblo miedoso, agazapado por el temor a las represalias, oprimido por las condiciones cada vez más inhumanas de vida, no puede ser la base de una sociedad y un sistema político que aspire al calificativo de democrático.

Desde hace muchos años ha habido voces en Venezuela alertando sobre la necesidad de establecer un modelo económico independiente de la distribución populista de la renta petrolera del Estado. **Ajustar** las relaciones económicas que han sustentado al Sistema de Partidos dominante desde 1958 ha sido un "necesidad sentida" desde hace décadas. En esta dirección se han hecho críticas y ofrecido alternativas por lo menos desde la publicación del V Plan de la Nación, expresión de la aspiración de la Gran Venezuela a la que decía llevarnos el primer gobierno de C. A. Pérez. Sin embargo, la propia inercia del sistema llevó a quedarse en las palabras y las buenas intenciones.

Mientras tanto, el Estado se endeudó más allá de sus posibilidades de manejar la situación, los partidos se enquistaron políticamente convirtiéndose en "maquinarias" de control de la población y acuerdos cogollísticos y cupulares, más que en canales de representación y participación popular o diseñadores y portadores de proyectos políticos alternativos realizables en las condiciones actuales de la sociedad venezolana. De esta manera se va produciendo una modificación "natural" en las relaciones de poder del orden establecido. El Empresariado Privado, especialmente aquel organizado en fuertes Grupos Económicos y con intereses transnacionalizados, logra imponerse política e ideológicamente con lo cual el **ajuste** necesario se convierte en el **paquete** del VIII Plan de la Nación. El modelo de desarrollo comienza, entonces, a orientarse en esa dirección produciendo los desajustes sociales conocidos.

Políticamente, entonces, se va haciendo imposible evolucionar del populismo partidista a la participación organizada de la sociedad civil en la toma de decisiones del Estado y del Gobierno. La política se sustituye por la economía, presentada como un sistema rígido, de leyes inmutables, ante las cuales no queda otro recurso que su aceptación incondicional apenas reconfortada por una vaga esperanza en un futuro próspero sin distinciones sociales y sin pobreza crítica. El actual deterioro se presenta como "costo" necesario para acceder a ese futuro.

En la práctica, no queda más política que restringir los espacios de participación que puedan poner en cuestión o hacer peligrar la puesta en marcha del paquete de ajustes. Para ello, lo ideal es que pueda "manejarse" la situación a través de los partidos reduciendo drásticamente la distribución populista de la renta. Es decir, que se acepte pacíficamente el aumento de la opresión sobre la mayoría empobrecida. Si sucede la protesta o la revuelta, hay que recurrir a la disuasión armada o a la represión amedrentadora, de manera que si la supuesta esperanza en un futuro mejor, alimentada por la limitada participación electoral y partidista, no sirve para contener a la sociedad, sea el miedo que sirva de dique de contención.

De manera que el círculo se mueve alrededor de sostener el proceso de empobrecimiento y opresión de la población. El paquete de ajustes y su consiguiente ideología la aporta principalmente el Empresariado Privado. La disuasión partidista o armada para la aceptación resignada del nuevo cuadro de poder es función de los partidos del orden establecido o de la policía y cuerpos de seguridad del Estado. La represión armada y masiva recae sobre las propias Fuerzas Armadas. El círculo puede comenzar por cualquier parte. El 28 de Febrero de 1989 comenzó por la represión de las Fuerzas Armadas que trataron al pueblo como enemigo de guerra más que como conciudadanos a los que había que disuadir en una explosión social espontánea y momentánea. Al año de aquella situación el círculo comienza con la disuasión que significa la presencia policial y de la Guardia Nacional en forma masiva en las calles.

Romper este círculo -lanzar el yugo- significa no sólo evitar la represión o volver al populismo manipulador de los partidos sino principalmente romper con un sistema basado en la opresión económica y la esclavitud social y política. De allí la urgencia de buscar modelos alternativos posibles y organizarse para verlos realizados por el propio pueblo.